

de generosos, han sido el resultado de la impotencia.

Tan pronto como estuvieron reunidos los elementos necesarios para venir á México, se dispuso la expedición, si bien nunca se pensó en intervenir en nuestros asuntos, ni en llegar á la capital de la República. Súpose luego que también Francia é Inglaterra se preparaban á venir á imponernos la ley, y entonces se asoció con estas dos potencias España, recelosa de que la reciente incorporación de Santo Domingo diese á entender que abrigaba miras ambiciosas.

Desembarcados los aliados en Veracruz, debieron pasar al gobierno constituido en la República, un *ultimatum* en que se fijaran los agravios recibidos y las satisfacciones exigidas, señalándose un plazo breve para contestar. Según el jefe del gabinete español, no se venía á discutir con Juárez, sino á imponerle condiciones, que si no eran aceptadas darian lugar en el acto al rompimiento de las hostilidades.

Poco justificable habría sido sin duda tal modo de proceder, en que á lo cabo escuadra se pedía un sí ó un no redondo, sin consentir en la modificación más insignificante. Deshonroso habría sido para tres grandes potencias, cometer un horrible abuso de la fuerza, para sostener, sin audiencia ni defensa de una nación tan soberana como ellas, negocios de la calaña del de Jecker.

Por fortuna para México, surgió el desacuerdo entre los plenipotenciarios, sin que en esto tuvieran la culpa, como cuidó de asentar O'Donnell, ni el gobierno español, ni su representante, á quien no quedó ya más arbitrio que celebrar los convenios de la Soledad, á fin de buscar para las tropas cantones más saludables.

La aprobación de estos preliminares por el gabinete de Madrid, no pudo influir en el rompimiento de Orizaba, puesto que aquella no se supo en México hasta después de ocurrido éste. Así lo reconoce el presidente del consejo de ministros, quien agrega que si influyó en la ruptura la llegada de Almonte, con la que acabó de desarrollarse la mala inteligencia de los plenipotenciarios. Acusa además al renegado de haber contraído compromisos superiores á sus fuerzas, no contando ni con el partido conservador, que lo ha declarado traidor á su patria. En comprobación de este aserto, leyó una curiosísima carta de Zuloaga al capitán general de Cuba, escrita el 14 de Agosto último.

Titulándose ese ridículo personaje pre-

sidente electo por la voluntad espontánea de la República de México, se llama también jefe del partido conservador, cuya voz se encarga de hacer oír al gobierno español.

Conocida es la historia de la presidencia del pobre D. Félix. Colocado por la confianza del general Comonfort, correspondida con una ingrata defección, al frente de la brigada que subvirtió el orden legal, debió á esa casualidad figurar en primer término en la revolución reaccionaria, cosa á que nunca hubiera podido aspirar de otra manera por su completa nulidad. El partido que lo elevó á la presidencia, no tuvo en cuenta sus méritos, desconocidos para el mundo entero, ni depositó en su persona la confianza que nunca puede infundir un tráfuga. Lo elevó, pues, por la simple consideración, de que iba á tener un dócil maniquí que podría manejar á su antojo. El nombramiento del héroe por fuerza, procedió de una junta de notables, escogidos por su camarilla, y á cuyos sufragios tiene ahora el descaro de denominar "voluntad espontánea de la República de México."

No sabemos de cuándo acá habrá ascendido á jefe del partido conservador. Si cuando estuvo en su presidencia de bur-las, otras manos y no las suyas, eran las que movían los alambres en aquel teatro de títeres, hoy que acabó su papel en la farsa, ménos ha de haber quien lo haga formal. Para que rematara en sainete por fin de fiesta la historia en México del moribundo partido conservador, no podría ciertamente valerle de arbitrio más acertado, que el de reconocer por jefe á todo un D. Félix Zuloaga.

Démosle, empero, el gusto de admitirlo por ahora convencionalmente en la calidad con que se presenta, para oír la voz que se ha encargado de llevar.

El partido conservador de México pide la preponderancia en México del partido conservador. Eso se llama ir al grano y no andarse por las ramas.

Para fundar la petición, se alega el doble peligro de que pacificados los Estados Unidos, se pierdan las posesiones españolas en unión de las mexicanas, ó que Juárez consiga exterminar en México á todos los blancos.

Zuloaga y Julio Grenier han estudiado por el mismo autor. Para ambos es inevitable la terrible disyuntiva de la absorción europea ó americana, y tanto uno como otro se deciden por la primera. Olvidan los incautos que existe un término medio

muy natural: el de que México no sea absorbido por nadie. Tal es el programa del partido liberal.

Lo de las posesiones españolas no es asunto de nuestra incumbencia.

Emplear contra Juárez la infame, la deshonrosa, la mal forjada calumnia del exterminio de los blancos, es mentir á sabiendas, con el bastardo fin de denigrar al jefe supremo de la nación, al que sí puede llamarse presidente, por la voluntad espontánea de México. Zuloaga se ha prestado á desempeñar el ominoso papel de calumniador, prestando sin duda su firma á alguno de esos directores ocultos, acostumbrados á que les sirvan de testafierro.

La carta pone en parangón la demagogia con el pensamiento de Almonte, calificando de tan ruinosa una como absurdo otro. La demagogia no es parte en la cuestión: ésto solamente la democracia, que sólo ignorantemente puede confundirse con aquella.

No conocemos á punto fijo cuál sea el pensamiento de Almonte, que no hubiera hecho mal el órgano de los conservadores en explicarnos á los profanos. Si se alude á la candidatura de Maximiliano, oportuno habría sido también que se nos pusiera al corriente de si lo que se repugna es el establecimiento de la monarquía, ó la elección del candidato. De ser lo primero, mucha satisfacción nos cabría de que el epíteto de traidor aplicado á Almonte por sus correligionarios, reconociese semejante origen. Los políticos europeos que han sostenido la existencia en México de un partido monarquista, se quedarían absortos al verse desmentidos por los mismos en quienes han supuesto tal profesión de fé.

En caso de que no mienta la encapotada fraseología de la carta, el partido conservador se preparaba desde mediados del año anterior á tomar en las manos la bandera nacional y hacer la guerra. ¿A quién? . . . ¿A los franceses? Así parecía indicarse; pero los hechos no han correspondido á la oferta. ¿Al gobierno liberal? . . . Mal podría entonces llamarse patriotismo la rebelión al frente del enemigo extranjero.

La confusión aumenta con la solemne declaración de que la intervención fué y es deseada en México, y con el consejo de que se reanude el tratado de Londres, para que se restablezca la acción combinada de la Europa.

En catorce meses que cuenta ya de invadida la República mexicana, repetidísimos testimonios de palabra y de obra han

demostrado el odio á la intervención. La aprobación que hoy merece del antiguo presidente trashumante, no sirve para otra cosa que para fundar en su contra el cargo personal, de que su salida del país no reconoció el origen patriótico de que blasonaban sus parientes, sino el del despecho de verse desconocido en su carácter de gobernante.

Terminada la lectura del documento que hemos examinado, dió también su pinchada el general O'Donnell sobre los partidos en México, declarando que no los hay, puesto que todos los hombres políticos han figurado aquí alternativamente en unas y en otras filas, según les ha convenido mejor para llegar al poder.

Tales aseveraciones revelan en quien las hace, poca instrucción en nuestra historia contemporánea. En México, como en todas partes, ha habido, efectivamente, un número considerable de esos proteos políticos, sin más principio que su interés personal; pero medir á todos nuestros hombres públicos con el mismo cartabón que á un Santa-Anna, un Almonte y un Zuloaga, es un error patente. México se honra con patricios eminentes, que jamás han abandonado las filas en que se han alistado, que nunca han desoido la voz de su conciencia, que han sacrificado al cumplimiento de sus deberes, intereses y vida. La existencia de los partidos ha sido una verdad innegable, especialmente desde que se inició la revolución de Ayutla, pues á contar de aquella época hasta hoy, á las mezzquinas cuestiones personales que habian sido antes semillero inagotable de revueltas, se sustituyeron las cuestiones capitales de la reforma, que dividieron profundamente á los mexicanos todos en dos campos rivales: el de los partidarios del progreso y el de los defensores de rancias preocupaciones.

El partido liberal, por más que lo desacrediten sus detractores, seguidos por O'Donnell, no representa la proscripción del vencido y la anarquía constituida en gobierno. Representa, por el contrario, la clemencia con sus enemigos, la supremacía del poder civil, la independencia de la Iglesia y del Estado: la abolición de los fueros, la supresión de las clases privilegiadas, la plenitud de las garantías individuales. ¿Hay, por ventura, muchos gobiernos, aun de los más viejos en el oficio, que puedan llamarse representantes de tan preciosas prerogativas?

Pasando de los partidos á las personas, el jefe del gabinete acusó á Juárez de te-

ner, como mexicano, una mancha de las que no se borran jamás: la de haber querido vender dos provincias de su patria a los Estados- Unidos.

Satisfactorio debe ser para nuestro Primer Magistrado, que cuantas veces suena su respetable nombre en boca de sus detractores, otras tantas sea para zaherirlo con las acusaciones más patentemente destituidas de fundamento. Honorífico es, en efecto, para un hombre público, que no se encuentre en sus actos una sola mancha, de manera que para atacarlo se haga forzoso recurrir al medio vil de la calumnia. Así lo pinta Lagravière, como un mónstruo de crueldad; así le llama Zuloaga, exterminador de blancos; así le hace O'Donnell autor de imaginarias ventas de provincias mexicanas.

La calumnia, empero, necesita ser desmentida, para que no se sorprenda a los que de buena fé buscan la verdad. La verdad es que, ni ahora ni nunca, ha querido vender el actual Presidente de la República, ni un palmo del terreno que la forma: la verdad es que, aun en los momentos más angustiados, nunca ha consentido, no ya en vender, pero ni siquiera en conseguir a mucho menos costo, un auxilio extranjero que estimaban indispensable ciudadanos dotados de virtudes eminentes. La prensa de la capital se ha ocupado ya en refutar la falsedad de un cargo virulento, repellido con datos fehacientes é incontestables.

Viniendo la calumnia de tan alto, no bastaban, sin embargo, las negativas emanadas de la opinion pública y fundadas en el conocimiento de los hechos. La voz más autorizada de todas, la del mismo calumniado, se ha alzado también para desmentirla, con la energía requerida por la magnitud de la ofensa, a la vez que con la circunspección y la decencia que cumple al Primer Magistrado de un pueblo. La digna contestación del Presidente de la República debe hacer avergonzar al Jefe del gabinete español por la ligereza con que habló.

No vemos qué razón pudo tener el orador para aseverar que entre Juárez y el gobierno español existe un abismo, y que mientras no se venguen las ofensas y agravios recibidos, no puede haber relaciones ni amistad con España. Dispuesto como está México, a cumplir con cuantas obligaciones internacionales le correspondan en justicia, el abismo queda cegado. Las venganzas no son admisibles en derecho,

si significan algo más que las debidas satisfacciones.

Volviendo a la cuestión, asentó el duque de Tetuan, que el reembarque de las tropas españolas había sido el único arbitrio dejado al conde de Reus en el estado a que habían llegado los acontecimientos. Por tal motivo se aprobó su conducta; pero creyendo que el gobierno imperial fué ajeno a la disidencia, y de ahí procedió que no se declarara roto, sino sólo suspenso, el convenio de Londres. El gobierno español espera tranquilo el resultado de los acontecimientos para exigir luego las satisfacciones aplazadas.

La aprobación de la conducta del conde de Reus, importa necesariamente la reprobación de la observada por los comisarios franceses. Estos, ó bien obraron conforme a sus instrucciones, ó cuando menos, recibieron también la sanción de sus actos. De cualquier modo que sea, resulta siempre falsedad de a fóllo que fuera ajeno a la disidencia el gobierno imperial.

Pero como ese gobierno es fuerte, no se ha querido romper lanzas con él, y se han recogido los fragmentos del tratado de Londres, para coserlos y sostener ante la evidencia, que está intacto. Para esperar el resultado de los acontecimientos, ha sido necesario nada menos que el reiterado desaire del emperador a la mancomunidad de acción.

El discurso del Presidente del Consejo de Ministros, es marcadamente hostil a México, lo cual, a nuestro juicio, procede de dos causas: el deseo exagerado de no malquistarse con Napoleón, y la apreciación errónea hasta el extremo de los hombres y de las cosas de nuestra patria.

No bien se habían cerrado en el Senado español los debates sobre los asuntos de México, cuando se abrieron en la Cámara colegisladora con no menos calor. Hay ya noticia de que el resultado de la votación fué tan significativo allí como el anterior. Sábese, igualmente, de algunos de los oradores que tomaron parte en la discusión, y aun se han publicado ya extractos de la impugnación de Mon el embajador, y de la contestación del ministro de Estado. Prescindimos, sin embargo, por ahora, del examen de esos discursos, tanto por no conocer todavía el texto original, cuanto porque nos proponemos emprender sobre el debate íntegro de los diputados, un trabajo análogo al que recientemente hemos publicado respecto de los senadores.

Aunque han corrido voces de que había sido presentada y admitida la dimisión del

gabinete O'Donnell, parece que lo cierto es, que el gobierno ha admitido las renuncias de los empleados que no han estado conformes con la política seguida en México.

También en el parlamento inglés ha debido tratarse de esta cuestión, que tanto agita los ánimos en Europa. No dudamos que en esta nueva dilucidación salgan a luz otros interesantes pormenores. Entretanto, la Inglaterra está en expectativa de lo que ocurra, sin que su gobierno intente rogar al francés que consienta en la renovación del convenio, apellidado difunto por los órganos del ministerio.

Con grande ansiedad se esperaba en todas partes el discurso imperial, pronunciado en la apertura de las Cámaras francesas, acto que tuvo lugar el 12 de Enero. La expectativa general ha quedado completamente chasqueada al encontrarse en la cuestión de México, en vez de las explicaciones con que contaba, con uno de esos enigmas que van haciendo de la política napoleónica un incomprendible logogrifo.

De las consideraciones generales con que pretende fundar el emperador el elogio que hace de sí mismo, la más notable es la aseveración de que siempre ha procurado la prosperidad de la Francia y su preponderancia moral sin abusar ni debilitar el Poder puesto en sus manos, así como ha buscado la plena reparación de cualquier insulto hecho a la bandera francesa y de cualquier perjuicio contra sus súbditos.

Mal se aviene con la prosperidad de la Francia, el loco despilfarro de su sangre y de sus tesoros, por sostener una empresa atentatoria contra la autonomía de un pueblo soberano.

Ménos todavía se combinan esos planes inícuos con la preponderancia moral de la misma Francia, preponderancia que solamente se alcanza dando a las demás naciones altos ejemplos de moralidad y civilización. No hay ascendiente que resista a la conculcación de los derechos más respetables por un simple capricho. La observancia de tal conducta engendra por necesidad odio y desprecio.

Tan escandaloso abuso del poder, lo debilita poco a poco, hasta convertir al que lo ejerce en uno de esos colosos de pié de barro, que acaba por derribar una piedrecilla despreñada de la montaña.

Quien tan quisquilloso se muestra por su bandera y por sus compatriotas, debería guardar más respeto a las banderas de otras naciones y a los intereses ajenos.

En un solo párrafo del discurso se habla de nosotros, alegándose que las expediciones a China, a Cochinchina y a México, prueban que no hay ningún país, por lejano que sea, donde pueda quedar impune una tentativa contra el honor de la Francia.

Como no entra en nuestro plan hablar de las expediciones a China y a Cochinchina, de las que no faltaría mucho que decir, nos limitaremos a la de México, entre la cual y el honor de la Francia no encontramos la menor relación. Ese honor jamás ha sido atacado por México, y en grandes aprietos se vería su mentiroso defensor, si tuviera que aducir pruebas de su aserto, en vez de soltar con impudencia frases pomposas, encaminadas a encubrir sus actos injustificables con alusiones irritantes para el amor propio nacional.

Los graves perjuicios ocasionados al pueblo francés con la guerra de México, se anuncian vagamente con la frase de que "empresas semejantes no se consuman sin complicaciones, abriéndose el deber camino entre peligros." El deber nada tiene que ver con una obra caprichosa, en la cual esperamos que las complicaciones no darán por resultado la consumación de la empresa.

Como se vé, ese estudiado discurso es para con México, parco en palabras, sóbrio en apreciaciones. El mundo se ha quedado tan a oscuras como antes, acerca de los proyectos definitivos del emperador sobre nuestro país. Tal vez no ha llegado a formarlos el veleidoso monarca que camina al acaso, dejándose arrastrar por la corriente de los acontecimientos a que lo ha precipitado una política sin principios fijos.

Ya que la esfinge del siglo XIX ha hablado en tono de sibila, para no desvirtuar la veracidad de sus oráculos, tenemos necesidad de ir en busca de otros datos, para conjeturar lo que se manifiesta empeño en ocultarnos.

El documento de más importancia para su examen, es la *Exposición del estado del imperio*, que tiene carácter oficial, como que es pasado por el gobierno a las cámaras.

Asiéntase en esa Memoria, que en el último período de sesiones se explicaron las causas de disidencia que en México indujeron a la Inglaterra y a la España a separarse de la Francia. El gobierno del emperador mantiene en todos los puntos el modo de ver que espuso por el órgano de los ministros de S. M., ante el senado

y el cuerpo legislativo. El retardo en las operaciones se atribuye á la necesidad de enviar refuerzos de consideracion, como consecuencia de la retirada de los aliados. Reunidas ya al cuerpo expedicionario todas las tropas que han marchado de Francia, concentrados los poderes políticos y militares en manos del general en jefe para asegurar la unidad de direccion, y llegada la estacion favorable, se va á continuar enérgicamente la guerra. La cuestion mexicana se considera ya reducida á las operaciones militares, de las que se espera un pronto término, glorioso para la bandera francesa. El triunfo asegurará á los intereses que han motivado la expedicion, las garantías duraderas que reclaman háce tanto tiempo.

La oscuridad no se ha disipado con las palabras de la *Exposicion*, escritas en el mismo tono de confusion del soberano, y que tanto se prestan á todas las interpretaciones posibles.

La referencia al discurso de Billault, comprueba que el gobierno del emperador insiste en todos sus errores, en todas sus iniquidades. En vano las sucesivas aclaraciones de los hechos han derramado la luz con profusion sobre los puntos en que al principio pudo haber equivocaciones disculpables: hoy que ya no cabe engaño, se procede en los mismos términos que cuando se dió crédito á falaces supercherías. Esta consideracion sirve para demostrar, que no anima á Napoleon un recto espíritu de imparcialidad y de justicia, sino que obra á impulsos de un orgullo, que todo lo sacrificará, antes que dar un paso atrás.

Algo ha de haber influido en el retardo de las operaciones, lo que la humillada vanidad francesa ha dado en llamar el *negocio* de Puebla, sobre el cual se guarda un silencio sepulcral en la *Exposicion*.

El éxito de la cuestion se libra esclusivamente á la suerte de las armas, como si la razon estuviera de más sobre la tierra, como si la vida de los hombres debiera ser en mano de los déspotas, un juguete para su diversion, un vil instrumento para sus nefandos planes. Se hará la guerra con vigor, sin reparar la falta de no haberla declarado previamente, sin justificar las causas por las que se ha venido á ese medio desesperado, sin oír siquiera al agredido de una manera vandálica.

Tambien nosotros abrigamos la esperanza del triunfo, no remoto en las batallas que van á darse, seguro con el transcurso del tiempo. Y aun cuando sucum-

bamos, nunca el término será glorioso para la bandera francesa; que no es el exterminio del vencido, sino la justicia de la causa, lo que constituye la verdadera gloria.

Lo que haria la Francia despues de la victoria, no es punto que ha querido aclararse. Decir que tendrán garantías duraderas los intereses que las reclaman, es emplear una frase que nada significa de puro vaga, cuando no se sabe de qué intereses se trata, ni qué garantías han de darse, ni cómo ni por quién. En programa tan lato cabe cuanto se quiera; Maximiliano como monarca, Forey como gobernador, Almonte como jefe supremo, Márquez como dictador, Santa-Anna como Alteza Serenísima. Será lo que Dios quiera; más supuesto que el resultado no justifica los medios, ni ante la razon, ni ante la moral, la guerra francesa en México será siempre calificada de torpe en sus causas, inícuca en su ejecucion, maquiavélica en sus fines.

Reprocha la *Exposicion* al gabinete del Perú, haber obedecido, durante la administracion del gran mariscal Castilla, á influencias hostiles á la Francia, procurando provocar en las repúblicas vecinas desconfianza contra la expedicion de México. A esta reconvenccion acompaña el elogio que se hace de la conducta seguida por Guatemala, el Ecuador y la Confederacion Argentina, que se han manifestado indiferentes á los recelos que se les inspiraban, y que han desestimado las proposiciones que se les han hecho.

Tratándose de una expedicion que constituye un amago para todas las repúblicas americanas, el elogio y la censura en boca del enemigo comun, son en extremo significativos. El primero indica falta de patriotismo, mientras lo segundo honra al que la merece.

Habiendo quedado entretanto en pié la duda de cuáles sean los últimos planes del gobierno imperial, harémos nuevas pesquisas en el terreno de las noticias particulares, ya que los documentos oficiales callan, ó dicen cosas que solamente sirven para embrollar.

La revelacion que más puede acercarse á la verdad, es la hecha por el *Morning Post*, de Lóndres, órgano de lord Palmerston, la cual consiste en atribuir al monarca francés el proyecto de contentarse con la toma de Puebla y de México, y la celebracion de un tratado en que saque todas las ventajas posibles.

Ménos es ya esto que monarcas impues-

tos, colonias improvisadas ó protectorados forzosos. El cambio, sin embargo, si es que realmente existe, no nos hará prescindir de nuestra firme resolucion de defendernos á todo trance, para que nuestra independencia sea en adelante respetada de los que se han creído permitidos con nosotros abusos de toda clase. Procurarémos evitar que Puebla y México caigan en poder de los invasores, seguros como lo estamos, de que una resistencia esforzada dará por resultado indefectible nuestra salvacion, haciendo tal vez bambolear el trono del sistemático perturbador del sosiego público. Y dado caso de que nuestras ciudades fortificadas sucumban despues de hacer pagar caro su triunfo á los soldados del emperador, nos quedará todavia el país en toda su extension para continuar una guerra incansante, en la que al fin hemos de salir vencedores. La prolongarémos, pues, por todo el tiempo que sea necesario, á fin de no pasar por tratado alguno que contenga condiciones humillantes para la dignidad nacional.

Que esa guerra no ha de ser de larga duracion, lo están revelando los diversos inconvenientes que desde ahora se le presentan en la misma Francia, entre los que no es el menor, el fuerte y continuo desembolso que exige para su sostenimiento. Esto nos lleva, como por la mano, á estudiar el informe que el ministro de hacienda Fould, ha presentado sobre el presupuesto del imperio, en 1862, 1863 y 1864.

Segun los datos del célebre financiero, el importe total de lo gastado en la expedicion de México, durante el año pasado de 1862, ascendió á 83 millones de francos, resultando de aquí que, en vez del sobrante que debieron dejar las rentas públicas, hubo por el contrario, un deficiente de 35 millones. Es de notarse que el emperador destinó por sí solo al completo de los gastos hechos las sumas necesarias, contando con la aprobacion posterior del dócil cuerpo legislativo.

Para el año corriente de 1863, calcula Fould que el excedente de ingresos no bajará de 110 millones de francos, lo que permitirá hacer frente á los gastos de la expedicion de México, en la que se presume que serán menores los gastos de transportes y vituallas, por hallarse ya el cuerpo expedicionario en territorio mexicano, tener todo lo necesario para avanzar, y encontrarse desde sus primeros pasos en una region en que sus provisiones serán más fáciles y ménos onerosas.

El ministro afirma que el presupuesto

ordinario de 1864, presentará un aumento de ingresos de 4 millones, dejando disponibles además 20, que se aprovecharán en el extraordinario. Las entradas destinadas á cubrir éste, ascenderán á 104 millones, dejando disponibles además 20, que se aprovecharán en el extraordinario. Las entradas destinadas á cubrir este ascenderán á 104 millones, siendo inferior en 17 al de 1863, á no ser que deje más la venta de unos bosques, ó que se cuente con la disminucion ó reembolso de los gastos de la expedicion á nuestro país.

Los antiguos deficientes importan 848 millones, los cuales quedan en el aire, sin que pueda anunciarse cuándo comenzarán á ser amortizados.

Punto por punto nos ocuparémos del contenido del informe.

Es opinion muy generalizada entre los que están al tanto de lo que ha pasado, la de que es muy baja la cifra de lo gastado en la expedicion de México en 1862. Quien ménos la sube, la hace llegar á 100 millones de francos, ó sea una quinta parte más de lo que confiesa Aquiles Fould.

Conformémosnos, no obstante tales apreciaciones, con la suma declarada. Aun cuando el gobierno francés hubiera tenido de sobra los 83 millones despilfarrados en llevar adelante una empresa atentatoria, tremendo sería siempre el cargo que le resultaria por no haber empleado ese dinero en tantos objetos de utilidad pública que reclama el estado actual de la sociedad francesa. El cargo adquiere mayores proporciones, al reflexionar que están sin cubrir 848 millones atrasados, y que en vez del sobrante que debió resultar en el balance del año, quedó un nuevo déficit de 35 millones que agregar á los anteriores. Los pobres contribuyentes no han de estar muy á gusto con el destino dado al fruto de sus sudores.

La arbitrariedad con que se procedió á hacer gastos no votados, ni siquiera presupuestados, revela que fué nominal é hipócrita la renuncia hecha por el emperador, de la facultad de abrir créditos suplementarios por medio de decretos. En vano se apela, en justificacion del acto, al cansado estribillo del honor de la bandera, de la gloria de las armas francesas. Ni la bandera tendria que volver por su honor, ni la gloria de las armas estaria empañada, á no haberse pretendido ejercitar el antisocial principio de la intervencion. Mejor empleados eran los créditos suplementarios que se renunció á abrir, como que estaban destinados en considerable parte